

LA MALDICIÓN

Raúl se tumbó en la cama sin deshacer, con la ropa puesta, y tapándose ambas manos de la cara rompió a llorar. Las sienes le latían con fuerza. El corazón, acelerado, le ardía. La congoja, gestada a lo largo de toda la tarde y controlada delante de sus amigos, por fin afloró.

- ¿Por qué me he tenido que enamorar de ella? - se preguntaba. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Todas las tardes igual. Encerrado en su habitación no paraba de llorar, lamentándose de su maldito destino. Maldito, puesto que amar sin ser amado es la peor de las condenas que se pueda imponer. Esperar la llamada del ser querido, contar los minutos que faltan para volver a verlo y al hacerlo, sentir su rechazo. Y sin embargo, ella no le rechazaba. Para ella él era uno de sus mejores amigos.

Rosa, que así se llamaba, poseía un corazón muy puro, siendo imposible encontrar maldad en él. Raúl no podía recriminarle nada. Si tan solo pudiera, si pudiera encontrar algo que echarle en cara, quizás su mente pudiera engañar a su corazón y presentarla como una persona no digna de su amor. Pero por mucho que buscaba no lo encontraba. Y lo malo, que cuanto más buscaba, más la conocía, y cuanto más la conocía más se enamoraba, y cuanto más se enamoraba más sentía el no ser correspondido.

Dicen que el destino de las personas esta escrito desde su nacimiento. Dicen que es imposible escaparse de él. Raúl lo sabía. Era consciente de su cruel destino: la amaría toda la vida pero nunca sería correspondido. Y nunca es tanto tiempo. Porque si por lo menos tuviese una mínima esperanza podría esperar, pero no, no había ni la más remota posibilidad de que ella sintiera algo por él. Se daba cuenta de ello y no quería engañarse. Por eso quería sacarla de su cabeza. Sacarla... ¡Qué

fácil resulta decirlo y cuán difícil hacerlo!. Había probado de todo. Buscó ayuda psicológica, buscó refugio en la religión, rezando todos los días, pidiendo un poco de paz para su espíritu, buscó a otras chicas pero solo sirvió para darse cuenta de que nadie sería capaz de sustituir a su amor, intentó refugiarse en la meditación y en el yoga pero nada funcionaba. Cada día que pasaba más se desesperaba.

Intentó alejarse de ella, pensando que si no la veía tanto podría olvidarla o como mínimo sus sentimientos se enfriarían gradualmente. Fatal error puesto que quien ama de verdad no puede pasar mucho tiempo lejos del ser amado. En vista del fracaso de su alejamiento intentó todo lo contrario. Pasar más tiempo junto a ella, pensando que se acabaría aburriendo de tanto verla o que descubriría alguna cosa imperdonable en su carácter. Pero su compañía era demasiado agradable para aburrirse y su carácter era realmente puro. No había nada que hacer. No sabía cómo expulsarla de su cabeza. El destino le había condenado a quererla y no podría hacer nada, salvo lamentarse.

Él estaba resignado a no ser correspondido pero su cuerpo no opinaba igual. Apenas si conseguía conciliar el sueño y cuando lo hacía era por encontrarse completamente extenuado. Comía, no por tener hambre, sino porque sus padres no notasen lo que le estaba ocurriendo. Porque nadie, salvo él mismo, conocía sus sentimientos. Mientras su cuerpo se desgarraba de amor y sus sentimientos retorcían su estómago calentándolo con pasiones que se expandían en su pecho, mientras sus sienes aplastadas por la resignación procedente de una pasión descontrolada no correspondida, Raúl mantenía una cara totalmente alegre delante de sus amigos. En varias ocasiones se sintió morir de pena cuando estaba con ellos, pero nadie notó nada. Sabía que sería capaz de morirse delante de

alguien y nadie lo notaría, hasta que su espíritu, cansado, abandonará su cuerpo lastimado por los latigazos de su corazón.

Sentimientos... ¿Por qué tenía sentimientos? Odiaba sentir, quería volver a estar como tres años atrás cuando todavía no conocía a Rosa. Recordaba con total claridad el día que la conoció. Recordaba cómo su corazón dio un vuelco al oír su voz retumbar en sus oídos por primera vez, al ver con que dulzura le miraba mientras le pedía permiso para pasar. Él la dejó pasar y al hacerlo la atmósfera que desprendía la joven le inundó. Sintió su corazón henchirse de gozo, notó cómo su espíritu comenzaba a ser absorbido por ella, se sintió suyo. Fue fácil hacerse amigo de ella. Congeniaron bien desde el primer día, pero solo eso. Ella no buscaba nada más que amistad y el día que lo comprendió comenzó su tortura.

Mientras Raúl pensaba en todas estas cosas, se quedó medio dormido. El teléfono le despertó.

- Sí, dígame - respondió con voz alegre, si bien apenas podía levantar su alma del suelo.

- ¿Raúl? Soy Jorge. Hemos quedado esta tarde a las ocho para lo de la hipnosis.

Vente directamente a mi casa. Venga, nos vemos.

Jorge había colgado el teléfono mucho antes de que Raúl pudiese negarse a ir. La verdad es que no le apetecía nada, pero por lo menos le serviría para distraerse. Sus amigos tenían unas cosas... Se les había ocurrido leerse un libro de hipnotismo y pretendían montar una sesión para averiguar cosas de otras vidas pasadas. Qué estupidez. Como si alguien pudiese creer en la reencarnación y mucho menos en recordar otras vidas. Pero eran sus amigos y la excusa servía para pasar la tarde juntos de forma divertida.

A las ocho en punto Raúl se encontraba llamando al timbre de la casa de Jorge. Media hora después todos los amigos se encontraban reunidos. Jorge se había tomado muy a pecho la representación, disponiendo una pequeña plataforma a forma de escenario en donde llevar a cabo el hipnotismo y una serie de filas de sillas en donde sentar a los espectadores, sus amigos. Encima del escenario había una silla para sentar al sujeto sometido a la hipnosis. La verdad es que le resultaba gracioso todo ello.

Jorge, todo trajeado, subió al escenario y con aire solemne, demasiado jactancioso, quizás, habló de la siguiente manera:

- Señores, señoras, distinguido público - hubo risas entre los espectadores. Vamos a demostrar hoy que hipnotizar a una persona realmente es posible mostrando diversas técnicas para llevarlo a cabo. Por último, acabaremos sumergiéndonos en el fascinante mundo de nuestras vidas anteriores y averiguaremos qué cosas hicimos y qué pecados cometimos.

La verdad es que la tarde se le pasó a Raúl de forma bastante amena y habría sido estupenda si no fuera por el continuo malestar estomacal y la presión en las sienes.

Después de hipnotizar a varios de sus amigos, obligándoles a hacer cosas que habitualmente no hacían, Jorge, procedió con el número final. No tenía muy seguro que le fuera a salir bien. Era la primera vez que lo iba a llevar a cabo y encima tendría público.

Tras mirar a sus espectadores, buscando una posible víctima para su experimento, sus ojos se posaron sobre Raúl. Este, viendo las intenciones de su amigo de sacarlo al escenario, comenzó a negar con la cabeza, pero Jorge ya había elegido y no admitiría un no. Raúl, sabía que si se negaba en rotundo sus amigos

serían capaces de agarrarlo por la fuerza y subirlo al escenario atándolo, si fuera menester, a la silla. Así que, aunque no le hacía mucha gracia, tuvo que ceder y acceder a ser sometido al experimento. Total, no creía en esas cosas y aprovecharía para montarles un espectáculo para ver si conseguía asustarlos.

- Relájate - le dijo Jorge una vez que Raúl se hubo sentado. Respira profundamente, con la zona abdominal. Siente cómo el aire penetra con cada inspiración, y como acaricia tus pulmones con cada expiración. Relájate, relájate.

La voz profunda, monótona, de Jorge iba haciendo mella poco a poco en el espíritu atormentado de Raúl. A pesar suyo iba perdiendo la consciencia, sumergiéndose con cada palabra de su amigo en un mundo desconocido para él.

- Recuerda, Raúl - continuó Jorge. Recuerda, vuelve en el tiempo hacia atrás, hacia vidas anteriores. Busca en tus recuerdos algún hecho importante. Recuerda, recuerda. Dime, ¿dónde estas? ¿quién eres?
- Soy el príncipe Simar - contestó Raúl - heredero del reino Badwin, reconocido en todo el mundo conocido como el más prospero, el más fuerte y más poderoso. Nadie ni nada nos hace frente.

Un silencio profundo siguió a las palabras del joven. Todos los asistentes se miraron estupefactos ante las palabras de Raúl. ¿Les estaría tomando el pelo? Realmente ¿creía lo que decía? Raúl, parecía encontrarse inmerso en un sueño, del que no parecía querer despertar. Continuó hablando de la siguiente manera:

- Decidle a mis concubinas que esta noche no me apetece estar con ellas. El incidente de ayer me ha dejado trastornado. Estoy cansado. Mañana las atenderé. ¿Habéis buscado al sabio que os solicite? Bien, hacedle pasar.

Todo esto lo decía con los ojos abiertos y gesticulando con ambas manos, con aires de grandeza de quien está acostumbrado a mandar. Daba la impresión de estar hablando con alguien, pero realmente se limitaba a hablar con una de las esquinas vacías de la habitación. Sus amigos dudaban si realmente estaba hipnotizado o si les estaba tomando el pelo.

- ¡Guardias! - gritó de repente, mientras se ponía pálido. ¡A mí!

Después de alzar las manos, como si intentase protegerse de algo, se llevó las manos al corazón mientras palidecía por completo. Sus pupilas se contrajeron, gotas de sudor comenzaron a caerle por la frente, de su piel huyó toda gota de sangre, su cara se retorció de un dolor verdadero. De repente, hizo un intento de levantarse. Las fuerzas le fallaron. Sus rodillas se hincaron en el suelo. Se quedó completamente inmóvil mientras de su boca comenzó a brotar un reguero de gotas de sangre. Glup, cayó una gota, glup, cayó otra y otra y otra y otra.

Todos los espectadores, incluso Jorge, se habían quedado atónitos ante semejante representación. Jorge al principio pensó que Raúl le estaba tomando el pelo. Era imposible que hubiera conseguido hipnotizarle realmente. Todo no era más que una broma, para pasar la tarde. Él sabía hipnotizar pero para ello necesitaba tener antes varias sesiones con la persona que quería ser hipnotizada para comprobar realmente si era sensible, pero Raúl no había pasado ese período de pruebas. Era muy difícil que realmente le hubiese hipnotizado. Pero cuando comenzó a ver las gotas de sangre caer en el suelo comprendió que su amigo no estaba riéndose de ellos y que todo lo que había hecho era por encontrarse en estado de trance. Se asustó mucho. Parecía muerto. No se movía. No respiraba.

De un salto se acercó al oído de su joven amigo y susurrándole comenzó a sacarle del trance:

- Raúl - dijo - cuando cuente tres te despertarás. Volverás a ser tu mismo olvidando todo lo que has visto. Uno, dos, tres.

Pero no ocurrió nada. Raúl permanecía inmóvil sin moverse. Jorge, al encontrarse junto a él, oía perfectamente su respiración. Por lo menos sabía que no estaba muerto. Tuvo miedo de haberlo matado. Pero no despertaba. Volvió a intentarlo, pero nada. Intentó sacarlo de su estado cuatro o cinco veces pero el resultado siempre era el mismo. Tenía miedo de haberle dañado la mente a su amigo. Desesperado, le agarró por los hombros y comenzó a zarandearlo.

- ¡Cuidado, que me haces daño! - respondió Raúl.
- Joder, pensé que no ibas a despertarte nunca. ¿Estas bien?
- Vaya, me he mordido el labio y estoy sangrando - respondió Raúl.
- ¿Qué recuerdas?
- ¿De qué?
- ¿No te acuerdas de que te he hipnotizado y has revivido una vida anterior?
- ¿Yo? No digas tonterías, anda. Pero si me he sentado aquí, cerraré los ojos y me he quedado dormido. Lo que no entiendo es por qué me has roto el labio.

Jorge, ante las palabras de Raúl, se quedó tranquilo. Parecía que no había dañado la mente de su amigo y que tampoco le dejaría secuelas por culpa de una mala experiencia. Lo que no sabía es que Raúl se acordaba de todo. Si lo había negado era para que sus amigos no le acosarán a preguntas. Cuando, de regresó a su casa, se encontró solo de nuevo en su habitación, una lágrima contenida durante toda la tarde brotó de su ojo derecho. Su cara sonreía, sus ojos lloraban. Por primera vez en la vida comprendió su situación. Por primera vez en la vida entendió por qué sabía desde siempre que Rosa nunca le amaría y por qué él estaba condenado a quererla. Se tumbó en la cama y lloró, maldiciendo su destino

y maldiciéndose a si mismo por haber sido tan insensible y cruel con la persona que más le quiso en el mundo.

Durante la semana siguiente Raúl no salió de su habitación, incluso canceló la cita que tenía con su amada. No se sentía con fuerzas para disimular alegría, indiferencia. La cabeza, dominada por un torrente de pensamientos desbocados, parecía pronta a perder la cordura en cualquier momento. La sesión de hipnotismo había tenido un efecto brutal sobre él. Había despertado sus recuerdos, recuerdos de otras vidas pasadas, recuerdos tristes, dolorosos, llenos de sufrimientos. Y cada vez que se quedaba dormido recordaba otra vida. Odiaba dormir, porque recordaba vidas pasadas. Odiaba estar despierto, porque le resultaba imposible extraer de su mente el recuerdo de lo vivido días antes, cuando Jorge le había dormido. El malestar habitual sentido por la falta de correspondencia de su amor, no había desaparecido, sino más bien lo contrario, se había acentuado al descubrir lo pérfido que había sido.

Intentó expulsar sin éxito los recuerdos, pero todo fue en balde. Recordaba con total claridad todo lo que sintió cuando Jorge le sometió a la sesión de hipnotismo. Al principio, cuando se vio vestido con las ropas de un príncipe, todo enojado, el pelo perfumado se sintió divertido. Después cuando miró a su alrededor y vio a cuatro de las más hermosas mujeres postradas ante sus pies, dispuestas a servirle y satisfacerle en todo lo que fuera menester, y comenzar a recordar más datos de su vida pasada como príncipe heredero del reino Badwin, sintió cómo el pecho se le hinchaba de orgullo. Pero, el pecho no le ardía de amor, y la sensación de desgarró en el estómago había desaparecido. Se centró en sus sienes y nada. No había presión, ni preocupación, ni molestia. Por unos momentos, después de tres largos años desde que conociera a Rosa y comenzará con ello su calvario, disfruto

de paz. Pero cada vez tenía más y más recuerdos. Se iba sumergiendo en su vida pasada sintiendo lo que sintió en aquellos momentos, observando sus propios sentimientos y pensamientos como si de un espectador se tratara.

Recordaba vagamente un suceso turbio, capaz de empañar el brillo con que empezaba a brillar su joven persona. Un príncipe como él, a sus dieciséis años, no debía permitir tener la más mínima mancha en su honor. Y, sin embargo, acababa de ocurrir un acontecimiento la mar de trágico. ¿Qué era? ¡Ah, sí! Comenzaba a recordar. Se trataba de una joven... ¿Qué le había ocurrido? ¡Ah! ¡Ya!

Unos meses antes, de vuelta de una exitosa campaña militar, se había alojado en casa de una familia bastante humilde cuya hija era la joven más hermosa de toda la comarca. El príncipe, nada más verla, se quedó prendada de ella, de sus ojos, de su pelo, de lo armonioso de su figura, de su gracia al andar. En definitiva, se había enamorado como tantas otras veces ya le había pasado.

Pensando en pasar una noche con la joven, el príncipe se le insinuó. Lo sorprendente del caso es que la campesina, en lugar de estarle agradecido por querer pasar una velada en su compañía, se negó, diciendo que era pura y así continuaría hasta el momento de su matrimonio. Al joven le molestó bastante ser rechazado por una plebeya. La cara se le puso roja de ira y de un golpe empujó a su acompañante hasta la habitación en donde la forzó. Los padres de la joven no hicieron nada ante los gritos de auxilio de ella. Sabían que si se oponían les acusarían de traición y serían ejecutados.

A la mañana siguiente, cuando el ejército liderado por el príncipe abandonó la aldea, la joven yacía en la cama con la mirada perdida. Al mes había muerto de pena.

La noticia de la muerte de la joven circuló rápidamente, sobre todo al conocerse los motivos de la desdicha. La joven era conocida en todo el pueblo como el ser más encantador y puro que nunca hubiese pisado la tierra y todos lamentaban lo sucedido y maldecían en silencio al príncipe. Viendo que sus súbditos estaban un poco coléricos con él, el príncipe optó por llamar a un sabio para ser aconsejado sobre cómo tranquilizar a su pueblo.

Los recuerdos vívidos por Raúl corresponden a la entrada del sabio en palacio.

El sabio iba cubierto por una túnica roída desde la cabeza hasta los pies. Se acercó lentamente. Por debajo de la capucha, el príncipe pudo ver cómo unos ojos ardientes le observaban atentamente.

- ¡Descúbrete ante vuestro señor! - ordenó uno de los guardias.

El sabio alzó las manos hasta la capucha y muy lentamente la echó hacia atrás. Acto seguido comenzó a andar en dirección al príncipe mientras introducía una de sus manos por debajo de su túnica.

El príncipe, al ver los rasgos del joven, reconoció en ellos los mismos ojos, la misma boca, el mismo color de piel, el mismo color de pelo que los de la joven que había forzado un mes antes. Era su hermano sediento de venganza.

- ¡Guardias! - gritó asustado mientras palidecía mortalmente al ver su final cerca.

Antes de que los guardias pudiesen reaccionar, el hermano de la joven con pasos acelerados alcanzó la posición del príncipe mientras sacaba una daga de su pecho. Toda protección por parte del príncipe fue inútil. La daga, sedienta de sangre, le atravesó el corazón mientras el sabio gritaba la siguiente maldición:

- ¡Oh, Dioses! Escuchad, esta mi plegaria. Que mi alma sea sometida a los mayores tormentos, que mi cuerpo arda por toda la eternidad en el fuego del

infierno, que mi corazón sea destrozado una vez y otra, otra y una, sometedme a los más terribles tormentos, pero concededme esto que ahora os pido. Que este hombre cuya sangre estoy derramando pague eternamente por el delito cometido contra mi hermana. Puesto que él la quiso, que la quiera siempre. Que su ciclo de reencarnaciones quede vinculado con el de ella. Que si ella nace, él nazca y la conozca. Que si ella muere, él muera. Que al conocerla se quede siempre prendado, puesto que la quiso, que la quiera siempre, pero puesto que no la quiso bien, que ella nunca le corresponda. Yo le maldigo en este momento, por su sangre y por mi alma, a que eternamente amé a mi hermana, que la pasión que sienta por ella sea tan grande que le haga vivir en un infierno, y que nunca sea correspondido su amor.

Mientras maldecía al príncipe varios guardias habían arremetido contra él con sus espadas. A pesar de ello, se mantuvo firme en su invocación, al termino de la cual cayó, al igual que el príncipe, muerto.

El hecho de que Raúl se quedará inmóvil después de contemplar estas escenas, hasta tal punto de llegar a asustar a su amigo Jorge que lo llegó a creer muerto, no fue tanto la visión de lo que había sido testigo, sino de recordar los rasgos de la joven a la que el príncipe había forzado: se trataba de Rosa, su amada y querida Rosa.

Raúl, por primera vez en su vida, comprendió por qué desde que conociera a Rosa sabía que estaba condenado a quererla eternamente. Comprendió por qué también estaba completamente convencido de que ella nunca se fijaría en él como hombre, sino tan solo como amigo. Sabía que nunca podría sacarla de su cabeza, y que viviría toda su vida, al igual que sus futuras reencarnaciones, entre retortijones de estómago, presión de sienes, calor en el pecho y un sin fin de

sensaciones desagradables provocadas por saber que nunca la tendría entre sus brazos.

Triste destino el suyo, quizás totalmente merecido, el de vagar eternamente dentro de un ciclo de reencarnaciones sin fin condenado a amar a una persona y saberse no correspondido. El vínculo, que el hermano de Rosa forjó el día de la maldición, sería imposible de romper.

Durante semanas, durante meses, Raúl estuvo buscando una solución a su problema. ¿Cómo romper la maldición? Consulto a adivinos, a brujos, brujas, charlatanes, mentalistas y un sin fin de personajes curiosos, todos ellos con poderes ocultos y misteriosos, pero ninguno de ellos consiguió darle una solución. Se limitaban a pasarle la factura, que nunca pagaba, por unos servicios no cumplidos.

Transcurridos unos meses, mentalmente extenuado, su espíritu se quebró. Por primera vez en su ciclo de reencarnaciones no pudo más. Comenzó a recordar a Rosa, todos los momentos pasados junto a ella, su sonrisa, su voz, sus rasgos. Durante unos instantes sintió otra vez su mirada dulce y tierna, y por fin, entendió el origen de sus sufrimientos. No era su amor lo que le hacía padecer, sino su egoísmo. ¿Amor? Realmente ¿había sentido alguna vez amor por ella? Lo dudaba. Su amor, o lo que él había tomado por tal, no era sino un sentimiento egoísta que pretendía tener a la chica a su merced. Por primera vez en su ciclo de reencarnaciones comprendió el origen de sus padecimientos. La presión en las sienes era debida a su deseo de estar con ella, a su lado. *Su deseo*, el de Raúl, pero, y Rosa ¿qué deseaba? ¿Acaso eso no le importaba? Todo el tiempo había estado centrado en lo que él quería. Le traía sin cuidado si ella quería estar con otra persona. Él quería estar con ella, que ella no quisiera le daba igual. Pero ¿eso

es amor? ¿No es este comportamiento lo que se conoce vulgarmente como egoísmo? Por primera vez en su ciclo de reencarnaciones Raúl comprendió. Por primera vez en su ciclo de reencarnaciones Raúl sintió un amor verdadero por Rosa. Un amor puro, limpio, que da y no espera recibir nada a cambio. Por primera vez en su ciclo de reencarnaciones Raúl se encontró en paz. Había desaparecido la tensión continua de sus sienes, el malestar del estómago, la presión en el pecho, el nerviosismo en las piernas. Al no esperar nada a cambio de su amor no necesitaba estar tenso. El amor egoísta que lo había guiado durante tanto tiempo fue sustituido por un sentimiento puro.

Rosa vivió mucho tiempo y murió anciana. Raúl, se convirtió en su ángel de la guardia, siempre detrás de ella, ayudándola en todo lo que pudiera, nunca esperando nada a cambio porque además sabía que nunca recibiría nada. En el mismo instante en que Rosa fallecía, Raúl sintió un pinchazo horrible en el corazón. Acto seguido murió.

Para aquellos interesados en los ciclos de reencarnaciones comentar que en el momento de la muerte de ambos nacieron en el mismo hospital dos niños: uno varón y otro hembra. Años más tarde se conocerían y enamorarían nada más verse, permaneciendo juntos hasta el día de su muerte. ¿Casualidad?

Autor: AMLP